

CAPITULO IX
España y la Guerra Mundial



CAPÍTULO IX

ESPAÑA Y LA GUERRA MUNDIAL

CON frecuencia se ha incurrido en España, a mi juicio, después de la guerra, en un grave error: tratar de tergiversar las propias creencias e intenciones, tratar de desfigurar u ocultar hechos que son patentes, tratar de renegar de las propias posiciones o los propios actos. Cuando las actitudes quedaron registradas y los hechos aparecen patentes ese no es camino de justificación¹. A nadie justifica ni nunca la mentira, ni convencerá el pueril disimulo o la argumentación especiosa o de mala fe. Con esa actitud sólo se logra -como digo en la Introducción de este libro- que a la enemistad se añada el desprecio.

Con la pura verdad -verdad limpia y sin jactancias, depurada de leyendas mixtificadoras- es como pretendo yo ahora justificar mis actos de gobierno, tal como ellos fueron, no ocultándolos ni mitigándolos sino haciéndolos aparecer con la significación que tuvieron, poniendo en claro las verdaderas intenciones que los hicieron nacer y presentando sin equívocos la razón y fundamento de aquellas intenciones.

Ya he replicado a la absurda leyenda de que el régimen nacido del Movimiento nacional fuera hijuela o creación de las potencias del Eje. También me he cuidado de subrayar que con el Eje la España nacional no estuvo nunca durante la guerra civil ligada por ninguna clase de pacto o compromiso. A la hora de la guerra mundial nuestra independencia era íntegra y absoluta.

A lo largo de las páginas que siguen el lector podrá hacerse cargo del fundamento que tenga el papel que se nos adjudicó de siervos o criados del Eje a quienes dirigimos la política española de los años de guerra. Ninguna calumnia ha estado jamás tan montada en el aire como esta, tan en contra de los más expresivos testimonios de los mismos interesados.

Es en cambio ciertísimo que practicamos una política de inclinación absolutamente amistosa hacia el Eje. ¿Por qué? A muchos que formulan esta pregunta no les cabe, por lo visto, en la cabeza la mas sencilla y la mas lógica de las respuestas: "Porque entendimos que era ese el mejor modo de servir los intereses de nuestra Patria." Para ser aceptada o rechazada así, y solamente así, debe ser entendida la posición de la España oficial en la guerra. Y aun hay otras razones supranacionales que se refieren a una previsión más larga de servicio a la causa total europea y a la de la libertad de los pueblos menores del Continente.

Pero vayamos por partes y empecemos por las razones de interés nacional español. De estas unas eran previas y relativamente independientes de cualquier previsión sobre el desenlace de la guerra. Otras están íntimamente ligadas a la previsión de ese desenlace que hoy aparece claramente equivocada pero que en el año 1940 no dejaba de parecer verosímil y legítima a la mayor parte de los políticos y técnicos militares de Europa y

¹ *Esas actitudes de ocultación del pasado llegaron a extremos vergonzosos. Creo que yo, en este libro y en otros escritos y declaraciones, tuve la sinceridad de decir las cosas como habían sido, aunque esa sinceridad no haya estado exenta para mí de inconvenientes y peligros.*

América. Por mi parte he de confesar honestamente que creí firmemente en la victoria del Eje desde que vi decidida con tan sorprendente facilidad la campaña de Francia hasta que ciertos hechos (todos posteriores a mi salida del Gobierno), victoria de Montgomery en el Alamein, gran derrota del ejército alemán en Stalingrado, desembarco de los aliados en el norte de África, la aparición del "radar" en la guerra naval, etc., etc... hicieron patente un cambio en la situación militar. Y fue justamente en aquella anterior etapa victoriosa en la que tuvo lugar mi acción pública internacional². Cuando yo abandone el Ministerio de Asuntos Exteriores el poderío alemán alcanzaba su cenit. Acababa de sonar victoriosamente el nombre de Tobruk y aun no había aparecido en el desierto la pericia de Montgomery en el manejo de tanques frente a los de Rommel, heroico jefe del Afrika Korps.

En todo caso si haber sido un mal profeta constituye un delito, yo me declaro reo de ese delito en el que incurrieron, temporalmente al menos, millones de hombres y cientos de mentalidades ilustres. Ciertamente que hubiera sido gran imprudencia basar sobre un mero convencimiento personal de esa índole -y aun colectivo- una acción decisiva; entre otras cosas replicare que no era solamente ese convencimiento el inspirador de mis actos y que, en último término, unos y otros -actos y pensamientos- se pararon exactamente en el umbral de los "hechos decisivos".

Razones previas de nuestra política Exterior frente al hecho de la guerra mundial

En otro lugar de este libro hemos recordado que las democracias no esperaron, para adoptar una postura hostil frente a la España nacional, a que definiéramos nuestro régimen político. Con mayor precisión podríamos hablar, especialmente, de Francia y Rusia. La hipocresía política de la *no-intervención*³ fue concebida para dar ayuda al bando amigo sin responsabilidad ni riesgo para la paz de los pueblos que la prestaban. Con oro español se financiaron en Francia las maniobras del Frente Popular y las campañas pro-republicana. Con oro español se pagó a la Unión Soviética el anticuado armamento que facilitó a la República. La ayuda soviética, cuyo precio ignoraba el pueblo, permitió a Rusia -con la supervisión de su agente Marcel Rosenberg y gracias a las maniobras de Litvinov, entonces Comisario de Relaciones Exteriores- llegar a

² Hay que añadir el factor absolutamente decisivo de la intervención americana que Roosevelt venía persiguiendo desde hacía mucho tiempo, aunque sin atreverse a manifestar sus ideas y sus sentimientos porque a efectos electorales no le convenía. Roosevelt no era un estadista, era solo un electorero. Hasta que los japoneses atacaron Pearl-Harbor y se produjo con ello un estado de indignación y una conciencia nueva en el pueblo americano, Roosevelt escondió, como digo, sus propósitos. La guerra se hizo así mundial. Teníamos, pues, hasta entonces razones para no contar con la intervención de los Estados Unidos de América que -repetido al producirse fue decisiva. ¿Qué nuestra información era deficiente? Es posible, pero no lo creo. Nuestras dudas sobre aquel hecho no formaban parte de la dialéctica de nuestros deseos. Estaba apoyada en situaciones reales.

³ Es curiosa que la "no-intervención" haya tenido tan mala prensa entre los memorialistas e historiadores republicanos como entre los nacionales. ¿Fue la "no intervención" obra maestra de la política del Eje?, ¿nos favoreció? Hoy pienso que fue útil. El caso de Rusia es otro. Hugh Thomas en su importante libro "The Spanish Civil War" sostiene, fundadamente, que tanto Alemania como Rusia tuvieron cuidado de evitar que nuestra guerra civil fuera causa de una guerra general que entonces no les convenía. Piensa este historiador inglés que al principio de nuestra guerra Stalin acarició la idea de que Inglaterra y Francia se comprometieran con la causa republicana y Alemania con la nuestra quedando Rusia como árbitro de los destinos de Europa. Pero desde que en octubre de 1936 quedó complicada en el bando republicano, ante el peligro de una guerra general dosificó su ayuda para no provocarla. De los 40.000 extranjeros combatientes en las Brigadas Internacionales los rusos no alcanzaron la cifra de 2.000. En cambio todo el oro español depositado en Rusia allí sigue.

controlar absolutamente la política española. La tendencia relativamente moderada de Indalecio Prieto, el primer talento de la República, fue anulada con la designación de Largo -Caballero primero y de Negrín más tarde para la Presidencia del Gobierno. La posición del partido comunista, al principio exigua, se fortaleció de tal manera que acabó desplazando a los demás.

Aquella política, aquellas ayudas, y el mantenimiento de aquellas relaciones diplomáticas permitieron al Gobierno rojo sostenerse y prolongar por tres años la guerra civil, siempre en espera de empalmar con la guerra universal que ya se anunciaba como inevitable fatalidad.

Por el contrario Italia, Alemania y *Portugal*, reconocieron al Gobierno de Franco, acreditaron embajadores cerca de él, y contrabalancearon a través de la famosa *no-intervención* la ayuda franco-soviética.

Pues bien, apenas acabada nuestra guerra comenzó según es sabido -con la invasión de Polonia- la guerra en Europa, entre Alemania de una parte y Francia e Inglaterra de otra. Lógicamente ¿cuál cabía esperar que fuera la actitud de España? Durante nuestra guerra civil nos demostraron amistad unos y enemistad otros. Que los políticos, los combatientes, y la gran masa adicta de la España nacional tuvieran frío resentimiento para quienes ayudaron a sus enemigos y calido afecto para quienes alentaron la propia causa es normal, humano y legítimo.

Por razones de gratitud no podíamos, pues, en la guerra que empezaba, tomar postura contra un pueblo amigo. Con todo, esto hubiera sido nube de verano -y ya es mucho llamar así a la gratitud- si con el afecto no hubieran coincidido otras razones de interés nacional. Si dejamos a un lado y prescindimos de gratitudes, simpatías, naturales reciprocidades, ideologías, que son categorías de escasa valoración en la política exterior; si pensamos sólo en nuestro interés y nuestra conveniencia nacional frente al conflicto armado -suprema "ratio" que determina las decisiones de todos los pueblos- ¿qué circunstancias podían aconsejar una postura no amistosa con Alemania? De otra manera, ¿nuestra mera amistad con Alemania, lógicamente, había de traernos ventajas o desventajas? ¿Un desplazamiento del centro hegemónico europeo, sería para nosotros un mero cambio de dueño? ¿Sería, por el contrario, la ocasión de una prosperidad merecida? Si hoy las respuestas a estas preguntas pertenecen al futuro imposible -a la *historia no sida*- nadie podrá, honradamente, negar al patriotismo español el derecho a formularlas entonces.

* * *

Durante su larga hegemonía en Europa, Gran Bretaña y Francia -especialmente a partir de su inteligencia o consorcio, como consecuencia de la potencia alemana desde el Imperio- con frecuencia olvidaron, cuando no menospreciaron, el Derecho natural e histórico de España. Sin perjuicio de admirar las mil cosas admirables de Francia, no era posible pedirnos una amistosa disposición hacia ella. Lo impedía una conciencia colectiva heredada, cultivada en la escuela, difundida en el folklore, innata en casi todo español íntegramente nacional: Era el recuerdo de la invasión napoleónica, la conciencia de contiendas anteriores en las que fuimos derrocados de nuestra posición hegemónica,

la de haber sido todavía recientemente satélite despreciado de una nación desmesuradamente orgullosa. Todo eso que compone el instinto histórico de un pueblo estaba contra el vecino cuyo poder había crecido a expensas nuestras. Otro tanto diremos de Inglaterra, aunque en este caso la aversión fuera más minoritaria y reflexiva; bastaría citar un nombre -Gibraltar- para explicar esa tensión popular. El grupo anglo-francés dominante durante nuestras peores etapas políticas habían sentenciado a España a ser un pueblo de tercer orden, un mero satélite, un mercado, una fuente de contadas materias primas. La juventud exaltada llamaba a esto con evidente desmesura pero no sin instinto "la colonización". Por donde quiera que se extendieran los anhelos de prosperidad de España aparecían los países dominantes: Si por la propia Península, era Inglaterra (Gibraltar, la alianza peninsular, y tantos otros intereses españoles eran objeto del veto inglés); si por Marruecos, Francia reinaba allí *quia nominor leo*. Del succulento banquete mediterráneo-africano sólo unas migajas nos fueron reservadas. Otro tanto venía a suceder dentro de la economía española, también condicionada por los árbitros del mundo. Era lo inevitable. Todos los patriotas del mundo lo entenderán: el interés de una nación preterida, derrotada, insatisfecha, esta siempre contra el interés de las naciones poderosas cuyo mando supranacional tiene estabilizada tal situación. Me refiero, claro esta, al interés nacional meramente egoísta, ya que comprendo muy bien que un poder *imperante* puede hacer aceptable su imperio mediante la evidencia de intereses superiores y universales; mediante la revelación de una gran empresa superativa. Eso es otra cosa. Pero nadie podrá decir seriamente que esto sucediera en la desabrida etapa del mundo después de Versalles.

Por el contrario, de Alemania ningún agravio de orden trascendental habíamos recibido; y con su sola existencia, por la política de los Hohenzollern fue limitada, en los días de su poderío, la expansión francesa en África.

Es también instintivo y justo descubrir que el propio interés nacional pueda estar junto al interés de los pueblos que en circunstancias semejantes de preterición, disminución y derrota, se esfuerzan por romper el yugo y ofrecer un nuevo-orden de cosas. Lograr en el un aventajado lugar será siempre más fácil que prosperar en un orden adverso ya consolidado. Esto lo creía yo entonces y lo sigo creyendo ahora. Del auge germano-italiano España no podía temer grandes cosas: El área de intereses alemanes (eso ya lo vieron antes en España muchos ilustres pensadores políticos) no interfería el área de intereses españoles. El área de intereses italianos, si podía interferir la nuestra podía también complementarla; y sobre todo era potencia sin fuerza propia bastante a la que nosotros hubiéramos sido indispensables para asegurar su equilibrio.

¿Qué con su triunfo íbamos a cambiar de dueño respecto a la plenitud de nuestra independencia, como algunos han pretendido? Nosotros creíamos entonces tener a España muy alerta. Por otra parte siempre es más fácil mantener una servidumbre que establecer otra nueva. Tenía yo y aun tengo muchas razones para no desconocer los peligros del intento de germanización europea, pero también tenía y tengo para no considerar absoluto y necesario aquel peligro; y en este orden de razones no son las menores las que se refieren a mi estimación de la escasa aptitud alemana para tal empresa de absorción moral. Pero sobre todo creía y creo en la suficiencia de la personalidad y en la fuerza del espíritu de los pueblos no germánicos de Europa – España, Portugal, Francia, Italia- para oponer un contrapeso. Además hubieran tenido que contar los nazis con un instrumento semejante a las quintas columnas comunistas, y con una ideología comunicable y universal para su empresa de absorción, y esto no lo

tenían ciertamente. Todo, según digo en otro lugar, tenía en su pensamiento un valor local.

En resumen, a España no le convenía la guerra y nadie aquí la deseaba, porque es precio demasiado caro para bienes improbables. Mas como, contra su interés y su deseo, el hecho de la guerra llegó, su conveniencia estuvo en adoptar con Alemania una amistosa actitud expectante que había de producirle el inmediato beneficio de evitar la invasión y, acaso, en el futuro una postura ventajosa. Esto será o no será comprendido, pero era desde el punto de vista del patriotismo español lo más legítimo. Hasta ahora se ha preferido a la comprensión de nuestras razones y deseos las versiones más zafias, las de éxito más fácil –aquí como allá, en Hoare como en Hayes- siguiendo las vulgaridades de la calle en lugar de adentrarse en nuestro caso con un análisis crítico riguroso sobre informaciones directas y solventes. Y todo eso, llámese como se quiera, es en realidad pereza, indocumentación, adulación o malevolencia: bajo tráfico político. (Aquí y fuera de aquí.)

Si nosotros podemos entender el patriotismo de los ingleses cuando creen o han creído servir a los intereses de su gran imperio ¿por qué que ellos no han de comprender los esfuerzos y la lealtad de nuestro patriotismo para adivinar y servir al interés presente y futuro de España?

¿Qué razones históricas remotas o recientes, qué esperanzas de libertad y prosperidad, qué estímulos nos ofrecían entonces las democracias para que nos decidiéramos a morir por ellas?

Razones de nuestra política exterior en relación con el curso de la guerra y con su previsible desenlace

En el momento en que se plantea la guerra en Europa ¿cuáles eran las posibilidades de los beligerantes y su presumible desenlace?

Ahora, "a posteriori", todo se explica muy sencillamente. Entonces era otra cosa. El panorama europeo antes de comenzar la guerra era este: Vencida Alemania en la anterior guerra mundial (1914-18). Gran Bretaña -por aquella suprema "ratio" de que hablamos- continuaba practicando en el Continente su "política de equilibrio". El prestigio de Francia había declinado y, torpedeado el pacto de la seguridad colectiva, con su complejo de inferioridad militar, obsesionada por el rearme alemán, anduvo la III República a la deriva, en busca de nuevos pactos y compromisos con otros países que la política del Frente popular se encargó de alejar de su orbita diplomática. En 1938 Francia había perdido ya su gran influencia tradicional en Europa. La mayor parte de los países europeos miraban a Alemania y reflexionaban sobre su creciente poderío. Ya en 1937, cuando el Ministro de Relaciones Exteriores Ivon Delbos realizo su famoso *tour d'horizon* por la Europa central y los Balcanes, pudo apreciar que la cobertura por el Este, que formaron antes las naciones aliadas de aquella zona, había desaparecido. La misma Italia, su compañera en la guerra de 1914-18, había pasado en menos de cinco años –principalmente por causa del problema etíope- del "frente de Stressa" al "eje Roma-Berlín".

Paralelamente a tan desfavorable evolución diplomática se producía la económica. En aquel año el comercio alemán con los países balcánicos era en porcentajes redondos el siguiente: el 49 por 100 del de Bulgaria, el 36 por 100 del de Yugoslavia, el 28 por 100 del griego, 26 por 100 del rumano y 25 por 100 del húngaro, según datos facilitados por el Ministerio de Comercio inglés.

El año 1938, año de Munich, fue un año decisivo. Moralmente aquello fue una solución muy costosa para la Gran Bretaña, y para Francia definitivamente onerosa. Hasta su nueva recuperación, fue allí -no después donde Francia dejó de existir como potencia.

Los Estados Unidos, pese a sus inmensas riquezas naturales y a su ingente capacidad técnica e industrial, no ofrecían, entonces, solución alguna ni su política permitía contar con su futura intervención, pues si el Presidente Roosevelt no se cansaba en su orientación intervencionista, el pueblo, en su mayoría, permanecía firme en su actitud aislacionista. Y la verdad es que sin el factor estadounidense podíase asegurar desde Munich -aun contando con la asombrosa resistencia inglesa- que Gran Bretaña y Francia estaban pérdidas, irremisiblemente, en una guerra en Europa.

La guerra mundial

Y los acontecimientos militares se sucedieron así:

El 1º de septiembre del año 1939, antes de que rayara el día (el 25 de agosto se había firmado el pacto de no agresión germano-soviético), el ejército alemán paso la frontera polaca por Silesia. Dos días más tarde Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania. La guerra más grande que conocieron los siglos había empezado. En una campaña que duró solo dieciocho días fue destruido el ejército polaco. Alemania ocupó Danzig, el tristemente famoso "corredor", y todo el territorio de Polonia hasta la línea de demarcación germano-rusa.

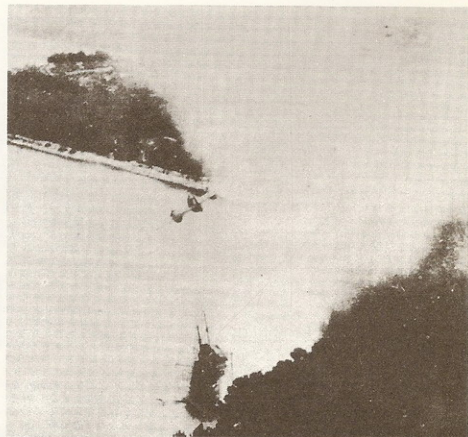
El 9 de abril de 1940 marinos y soldados alemanes ocupan Dinamarca y Noruega en pocas horas. Los ingleses fueron expulsados de Noruega. Al mes siguiente empieza arrolladora la ofensiva alemana en el oeste. La Wehrmacht penetra en Bélgica, en Holanda y en Luxemburgo. Las fuerzas aéreas alemanas entran en acción en gran escala, con intensidad y resultados hasta entonces desconocidos. El avance es extraordinariamente rápido. Causa impresión la conquista de Lieja; y la destrucción del cinturón belga de fortificaciones crea a juicio de los técnicos militares de todo el mundo una situación extremadamente grave. La famosa fortaleza de "Eben-Emael" que pasaba por ser una de las más importantes del mundo y se consideraba inexpugnable, en la posición clave del dispositivo belga, dominando todos los accesos del Mosa y del Canal Alberto (yo e visto sus grandes fosos y simas, sus túneles profundos, el espesor impresionante de sus muros, ascensores, artillería de todas clases, etcétera), fue atacada por *stukas* y paracaidistas en el amanecer del 10 de mayo. ¡En catorce horas se acabo con la resistencia! Los alemanes van a cruzar el Mosa, lo que pone en grave peligro la línea de Amberes y las comunicaciones con Holanda. El día 14 de mayo capitula el ejército holandés y los alemanes entran en La Haya (a juicio de los técnicos la más sorprendente operación de toda la campaña del Oeste). Al siguiente día perforaban el dispositivo francés de defensa por tres puntos en la región de Sedán y llegaban a pocos



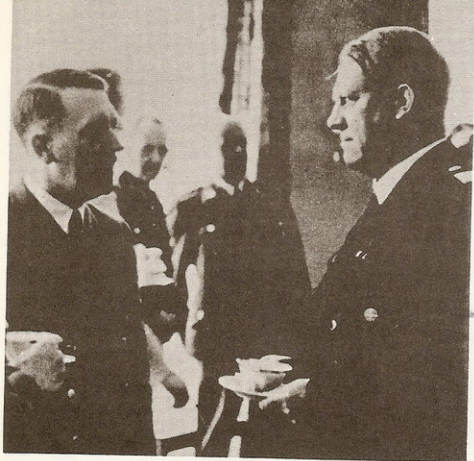
Las fuerzas alemanas ocupan Copenhague.



Haakon VII de Noruega.



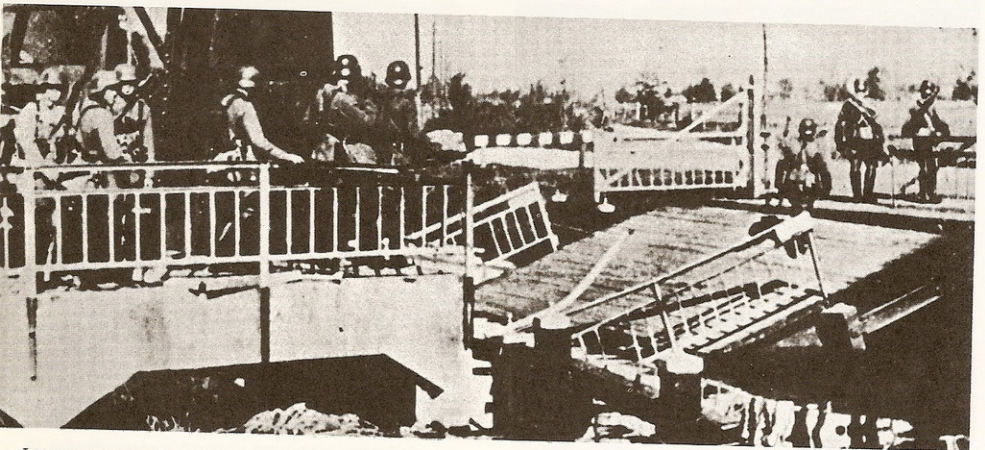
Bombardeo de un mercante noruego por aparatos de la "Luftwaffe".



Vidkun A. L. Quisling departe en la Cancillería del Reich con Adolf Hitler.



Guillermina de Holanda.



Los pontoneros alemanes reparan los canales destruidos por los holandeses en su afán de oponerse al avance invasor.

kilómetros de Bruselas. Allí aparecía el famoso Rommel, entonces nada más que jefe de División Panzer. El 17 de mayo han caído Bruselas, Lovaina y Malinas y el 18 ocupan Amberes. La "guerra relámpago", en la que no se creía, se está produciendo. La acción militar se conduce con ritmo desconocido. El Mando militar alemán ha revolucionado la estrategia y la táctica y no deja tiempo al Mando militar aliado para desarrollar en plenitud su potencial de guerra.

Un soldado valiente y patriota, Leopoldo, rey de los belgas, después de luchar al frente de sus tropas, cuando la resistencia era ya a la vez inútil e imposible, evita, con la capitulación, el sangriento sacrificio de su pueblo. Luchó con su pueblo y con el permaneció en la derrota y en la cautividad sin haber querido conquistar -a extramuros de la patria fáciles y cómodos heroísmos.

En París la situación es grave. Se habla de que el gobierno abandona la capital. El generalísimo Gamelin, de quien se dijo le habían sorprendido los sucesos cuidando las rosas de su jardín de Passy, es destituido. Las carreteras están abarrotadas de fugitivos. La batalla del Mosa se pierde irremisiblemente y sólo se piensa en "otro milagro del Marne". Se anuncia por el mando militar francés la organización del frente en el Somme y en el Aisne. La ofensiva alemana continua implacable y el 4 de junio alcanza Dunkerque. Una gran batalla con propósito de cerco y aniquilamiento -no enteramente logrados- había terminado y el frente aliado del Norte de Francia había desaparecido. Las mejores Divisiones del Ejército francés fueron capturadas o aniquiladas. Yo no soy técnico ni poseo información suficiente pero según noticias del mando alemán más de 330.000 soldados fueron hechos prisioneros en Flandes. Es verdad que los ingleses, no sin grandes esfuerzos, libraron del cerco en su mayor parte a su ejército expedicionario -cuatro quintas partes según declaración del Gobierno de Londres- que pudo regresar a Inglaterra.

La famosa línea Maginot, con su supuesta invulnerabilidad, básica en los cálculos defensivos de los franceses, pronto fue sólo un recuerdo. La llamada línea Weygand es rota en todo el frente. En pocas días todo se había derrumbado. El 14 de junio los ejércitos del III Reich alemán entraban en París, y el mismo día llegaban a El Havre; ya no se trata de una guerra sino simplemente de una persecución. Tres días más tarde Francia capitulaba. En el histórico bosque de Coinpiegne, en el mismo vagón de ferrocarril donde en noviembre de 1918 se notificaron a Alemania las condiciones para el armisticio, dio a conocer el Mariscal Keitel a los plenipotenciarios franceses (generales Huntziger y Bergeret, vicealmirante Leluc y embajador León Noel), el día 21 de junio, las condiciones para este otro armisticio que al siguiente día quedaba firmado.

Aquel mismo día empezaron a llegar a San Sebastián centenares de coches con franceses y judíos de otras nacionalidades que huían de Francia. Iban cargados con los más heterogéneos equipajes que demostraban la prisa y la angustia de la huida. Eran políticos, banqueros, artistas, aristócratas, gentes humildes y de la clase media, una multitud enloquecida por el afán de librarse del infierno que Francia podía ser para ellos. Y todavía teñidas de rojo las aguas del Ebro con la sangre española derramada en batalla que hiciera posible la política del Frente popular francés- no se quebró, sin embargo, en la frontera española el asilo que es debido al emigrado político. Si renunció España a las ganancias de hospedera de aquella multitud abigarrada a nadie negó el tránsito hacia Portugal, desde donde la mayor parte de los fugitivos embarcaban para



Leopoldo de Bélgica.



Paul Reynaud. Al fondo, el Mariscal Pétain.



Los tanques alemanes penetran en territorio belga.



El generalísimo francés Gamelin.

América. (La pluma se resiste a no formular esta pregunta: Un éxodo inverso ¿habría sido posible para nosotros?)⁴

En una mañana soleada de junio las *panzer divisionen* y las escuadrillas de *stukas* – imbatidas- hicieron su aparición –espectáculo entonces imponente- en la explanada de la estación de Hendaya, extendiéndose hasta el mismo puente internacional que une a Francia con España; y a las once y media se arriaba en el puesto francés de policía la bandera tricolor y se enarbolaba la de la cruz gamada. Por el desplome vertical del ejército francés, hasta entonces tenido por el primero del mundo, la frontera alemana había bajado hasta el Pirineo. España, pues, pasaba a lindar por el Norte con el ejército alemán que tan asombrosa victoria acababa de ganar; y por la costa mediterránea, en línea ininterrumpida, seguía otro frente constrictor germano-italiano.

En poco más de medio año de guerra Alemania ocupaba toda la costa occidental del Continente, desde el círculo polar hasta el golfo de Vizcaya. Europa entera quedaba de rodillas germano vencedor. Y frente a sus ejércitos, que contaban entonces con el más moderno material, con la técnica mejor, el mando más experto y la más elevada moral ¿quién podía aquí -y con qué-, con posibilidad material, oponerse?

Nadie que no fuera loco podía pensar en esto; y la verdad es que nadie, ni cuerdo ni loco, lo pensó entonces. La cuestión era bien distinta. Cabalmente era la contraria. Si no nos sumábamos al vencedor ¿cómo librarnos de ser ocupados? Siendo neutrales, sin manifestar simpatías ni preferencias ¿verdad? Ahora las cosas se dicen muy sencillamente, a veces muy tontamente. De la cuestión se hacía supuesto, ya que justamente el gran problema era ese: ¿cómo, entonces, en aquellas circunstancias, se podía ser neutral? Vivimos tiempos en los que para ser neutral (¡buenos están el Derecho internacional público y privado!) no basta querer: Hay que hacer equilibrios. Se pretende por algunos que hubiéramos debido ser neutrales con una neutralidad que no significara amistad para el poderoso vecino. ¿Saben lo que dicen quienes así hablan? ¿Están en su sana juicio? No ya una neutralidad inamistosa, la neutralidad *químicamente pura*, una neutralidad sin palabras, sin actitudes, sin gestos de amistad, habría sido nuestra catástrofe. Habríamos sucumbido con daño nuestro que es lo que, al menos a mí, me importaba evitar, pero, de rechazo, también con daño de nuestros detractores⁵.

Situación política general del mundo al estallar la guerra

⁴ *El éxodo siguió cuando los alemanes se aproximaron a España. Cierto es que muchos fugitivos quedaron por algún tiempo internados en el campo de concentración de Miranda de Ebro. No otra cosa había sucedido en Francia con los soldados republicanos fugitivos tras de la derrota republicana. Tengo entendido que aquí el trato fue mejor y la retención mas leve que allí. Tuvimos nosotros la mala suerte de que un político francés, Mr. Bidault (que no obstante la importancia que luego alcanzo nadie conocía entonces aquí en España) sufriera en aquel campo algunas humillaciones. Pero me parece legítimo preguntar: ¿bastaba ello para olvidar a los miles de franceses que pudieron pasar por España y llegar a Portugal o alcanzar la costa de África sin mayores dificultades?*

⁵ *Aquí, luego, quisieron algunos –sumergidos siempre en el mar de la propaganda- demostrar que había existido por nuestra parte una neutralidad químicamente pura; que habíamos "engañado" a los alemanes y ayudado -adrede, queriéndolo- a los aliados. Esto es grotesco, va lo puntualizo en otro lugar. La verdad, favorable lo desfavorable, es otra; y para tratar de establecerla, dignamente, en este y otros extremos se escribió este libro. (Pero ciertamente que sin quererles ayudar la realidad es que los aliados resultaron beneficiados. Este es un hecho; lo otro estúpido cinismo.)*

Después de esta rápida ojeada a la situación militar del mundo quiero hacer otro tanto en relación con la situación política general, que no era muy diferente. Por aquellas fechas no era presumible, al menos por problemas europeos, la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Pese a la tenacidad de la política rooseveltiana, el pueblo permanecía en su mayoría contrario a la intervención. Merece la pena puntualizar ahora con precisión lo que entonces acontecía en la política americana:

Vandenberg, uno de los candidatos republicanos a la presidencia de los Estados Unidos, con su discurso del 16 de septiembre de 1939, rompe la tregua política y ataca a Roosevelt por su tendencia a modificar la ley de neutralidad. Con parecida finalidad se constituye el día 23 de aquel mes un bloque de 24 senadores que preside el republicano Jonson y se anuncia la creación de un "Comité Nacional" ("America First Committee") con muy destacadas personalidades: Henry Ford, el ex-Presidente Hoover, el glorioso aviador Lindberg y el gobernador Lafollette. La Conferencia Panamericana rechaza la lista de contrabando inglesa "a fin de asegurarla libertad de comercio" (3 de septiembre de 1939). Presionado por el ambiente, el propio Roosevelt dice en un discurso (25 de octubre de 1939) que "los Estados Unidos son neutrales y no tienen intención de verse envueltos en una guerra". Sólo hace la salvedad de que no es neutral el pensamiento americano. La discusión en torno a la abolición del embargo de armas es muy viva en todo el país; el diputado demócrata Barton manifiesta que puede ser la señal de la más estúpida y criminal de las guerras que nadie desea. La prensa se agita. El "Herald Tribune" pregunta por que Duff Cooper" que ha sido uno de los mas entusiastas belicistas, no lucha en las trincheras, en lugar de haberse trasladado a los Estados Unidos con el propósito de arrastrarlos a una guerra" (1 de noviembre de 1939). El "New York American", órgano aislacionista del senador Johnson, entiende que el viaje de Summer Welles a Europa es el primer paso hacia la guerra (9 de noviembre de 1939). Un año más tarde el "New York Times Magazine" publica un artículo del Rector de la Universidad de Yale en el que señala la "oposición de la juventud norteamericana a entrar en la guerra". Kennedy senador de los Estados Unidos en Londres y Bullitt en París expresan en términos pesimistas. El primero, según una información del "New York Daily Mirror" considera que Inglaterra esta vencida. En diciembre de 1940 anuncia públicamente su dimisión de Embajador y manifiesta que todos sus esfuerzos serán encaminados a ayudar al Presidente Roosevelt a mantener al país al margen de la guerra. El general yanqui Hugo Johnson, después de censurar la política del bloqueo que practican las potencias occidentales -lo que significa la guerra contra las mujeres y niños- dice que "los Estados Unidos deberán aprovechar la lección y mantenerse apartados de la guerra" ("World Telegram" 4 abril 1940). El Secretario del Tesoro Morgenthau, en mayo de 1940, califica de incobrables los diez mil millones de deuda de la pasada guerra y dice: "Dudo mucho que los americanos quieran repetir la experiencia."

Por aquel tiempo el desenlace de la guerra se veía oficialmente con poco optimismo, como demuestran estas palabras del Secretario de Marina: "una de las razones para el refuerzo de la Marina norteamericana *se basa en las posibilidades de una derrota de los aliados*". (Respondía a una serie de pregunta formuladas por la Comisión Naval del Senado yanqui en relación con el programa del rearme. 16 abril 1940.) El Senador demócrata Downey declaró que los embajadores Kennedy y Bullitt habían predicho en una sesión celebrada por la Delegación militar del Congreso la próxima capitulación de

Londres y París; y que el mismo Presidente Roosevelt le había dicho personalmente que le parecía segura la victoria de Alemania.

El propio Presidente Roosevelt, en su discurso al VIII Congreso Científico Americano hizo estas manifestaciones terminantes: "Los Estados Unidos se encuentran cada vez más alejados de la guerra de Europa y los ciudadanos pueden considerarse seguros. Nuestro país y las veintiuna Republicas americanas son pacifistas" (11 mayo 1940). Y días más tarde dice al Senado y a la Cámara, reunidos en sesión conjunta, que aun considerando necesario el rearme en vista de los nuevos acontecimientos "tiene confianza en el mantenimiento de la paz en los Estados Unidos y en que sus ciudadanos darían la vida por la defensa de la libertad norteamericana". Si en otras ocasiones el Presidente hace manifestaciones favorables a la guerra, apenas advertidas, provocan replicas y censuras acerbas.

El senador Wheeler, el contrincante más peligroso para la candidatura de Roosevelt, dice en un discurso que hará cuanto pueda para que la Convención Demócrata reunida en Chicago apruebe un programa electoral mucho mas explicito en contra de la guerra que el que recomienda el actual Presidente. Su programa es aprobado en 18 de julio de, 1940 y en el se declara que *los Estados unidos no intervendrán en conflictos ajenos ni enviaran fuerzas armadas a luchar en países extranjeros salvo en caso de ser atacados* (punto 1°). El rearme de los Estados Unidos tiene por objeto "hacerlos tan fuertes que nadie se atreva a atacarlos" (punto 4°). El punto sexto califica el "rearme como instrumento de paz y no de guerra". Aprobado su programa Wheeler, retiró su propia candidatura, porque ya no tenía inconveniente en el nombramiento de Roosevelt. En la campaña electoral todo son invocaciones a la paz: El candidato republicano Willkie dice: "Ante todo hay que rechazar la posibilidad de nuestra entrada en la guerra. Creo que el primer deber del Presidente es tratar de mantener la paz. Pero Roosevelt no ha hecho esto. Sus ataques contra potencias extranjeras han sido inútiles y peligrosos. Se ha inmiscuido en los asuntos de Europa de una manera poco escrupulosa. Si yo fuera Presidente amenazaría a los países extranjeros sólo en el caso de que nuestro país fuera amenazado." (Discurso pronunciado en Elwor, Indiana, el 27 de agosto.)

Por su parte Roosevelt se expresaba así: *"Odio la guerra más que nunca. Estoy decidido a hacer todo lo posible para preservar a los Estados Unidos de la guerra. Me mantengo con mi partido sobre la base del Programa adoptado en Chicago."* Son palabras de su primer discurso electoral ante el Sindicato de conductores el 12 de septiembre. En análogos términos se expresa en sus discursos en el aeródromo de Washington, de Columbus, de Filadelfia, etc., etc., y en toda su campaña electoral. Esta competencia pacifista entre Willkie y Roosevelt prueba con más elocuencia que sus discursos que los electores no querían la guerra por motivos europeos. Los votos se conquistaban prometiendo la paz.

Reelegido Roosevelt por tercera vez Presidente de los Estados Unidos la petición de plenos poderes es recibida con alarma en buena parte del país. Clyton Morrison, eminente publicista y director del "The Christian Century" la considera un peligro de guerra y dice: "No será una guerra de la nación sino una guerra del Presidente. La Historia juzgará algún día severamente la actitud de Roosevelt en esta época critica del mundo."

Alteraría las proporciones de este libro si continuara refiriéndome a mil textos de discursos, informes de comisiones parlamentarias, artículos de prensa, etcétera, todos en esta misma orientación que seguramente reforzaba el éxito que entonces alcanzaban los submarinos alemanes. Sólo recordaré que la entrada de Rusia en guerra al lado de Inglaterra debilitaba todavía más en Estado Unidos la posición de los belicistas. El "New York Daily Mirror" dice con este motivo: "Ya no hay nada que justifique la entrada de los Estados Unidos en la guerra al lado de Inglaterra so pretexto de defender la democracia ya que su nueva aliada es un Estado regido despóticamente. La victoria de Stalin supondría la bolchevización de Europa. Norteamérica ya no tiene justificación para entrar en la guerra." Lindberg, a quien el Presidente había calificado de "trigonocéfalo" encuentra nuevos motivos para redoblar sus ataques: "Prefiere cien veces ver a los Estados Unidos aliados a Inglaterra o a Alemania, a pesar de los defectos de estos países, que en unión a la crueldad, al ateísmo y a la barbarie que se manifiestan en la Rusia soviética." *"Los idealistas que atacan a la Alemania nacionalsocialista se encuentran dispuestos a saludar a los soviets como aliados.* Cuanto más se prolonga la guerra mas confusas resultan las causas en que se funda." (Del mitin monstruo celebrado en San Francisco por la "America First Committee" el 2 de julio de 1941.)

El senador demócrata Reynolds, Presidente de la Comisión de Asuntos Militares del Senado, el 18 de agosto de 1941 habla en estos términos: "Yo no votare ni un solo céntimo para ayudar a Stalin que ha quemado las iglesias, proscrito la religión, y asesinado a los cristianos."

La opinión popular tiene ocasión de manifestarse con motivo de las elecciones parciales para elegir un diputado en el Estado de Wisconsin y el aislacionista Lawrence obtiene aplastante mayoría sobre el candidato intervencionista Amlie. Cuando el 2 de septiembre Roosevelt habla de "toda la ayuda", Nye, Taft, Hoover, Wheeler... le atacan enérgicamente. "En nombre de la defensa nacional los Estados Unidos han abierto fuego sobre los siete mares." El "New York Journal" llama al pueblo a manifestarse contra la guerra y la "Asociación de ex-combatientes norteamericanos" rechaza la ayuda a Rusia.

Sólo cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor desaparecen las divisiones políticas entre los americanos. Es que se trata ya de un ataque directo a sus mismas puertas. Se trata de la propia defensa de intereses vitales unida a la esperanza de conquistar la hegemonía económica en el Extremo Oriente; y entonces ya no hay belicistas y aislacionistas: sólo hay americanos unidos por un mismo y ardiente patriotismo. Pero antes de este trascendental suceso, cuando se produce en Europa la gran victoria militar alemana, la situación política en América era la que queda reseñada. Su entrada en guerra no era probable y por consiguiente Inglaterra, estaba sola. Resistía con arrojo, esforzada y heroicamente, en lucha desigual; pero la situación era angustiosa. Mr. Chamberlain había dimitido y sabemos por irrecusable testimonio que en julio de 1940 el Gobierno británico *ni remotamente soñó can poder llegar asta el mes de septiembre.* ¿Son estas que subrayo palabras de algún pusilánime o de algún derrotista? No. Son palabras del máximo vencedor, del hombre que luchó siempre, en el tiempo malo y en la soledad, como en el tiempo bueno. Son palabras de Mr. Churchill pronunciadas en la Cámara de los Comunes en los primeros días de noviembre.

Mientras esas eran la situación militar y política general del mundo llegaban aquí noticias de que los alemanes no consideraban enteramente clara nuestra línea de conducta. Y esto ocurría, repito, cuando Alemania tenía un poder militar gigantesco y

una frontera común con España: la situación era demasiado peligrosa. La victoria continental del Reich y su vecindad armada eran hechos cuya importancia desde el punto de vista español únicamente los insensatos podían desconocer. Sólo a partir de ese momento –pero entonces si- adquirí el convencimiento de que mi deber era atender con preferencia a lo exterior a fin de evitar que España, encontrándose con la vecindad militar más peligrosa y ante una ocasión histórica decisiva, siguiera sin tomar posición ni establecer comunicación con los beligerantes y especialmente con los beligerantes en aquella hora triunfadores. A muchos asombrara lo que ahora voy a decir pero es la pura verdad: Si nuestra comunicación oficial con los aliados no era según es notorio en aquella época muy estrecha diré que la comunicación con el Eje era nula. En Inglaterra teníamos como Embajador al Duque de Alba (que ya estuvo allí como representante oficioso de Franco durante la guerra civil) y en circunstancias difíciles hacia el servicio que podía. En Alemania nuestro Embajador era el Almirante Magaz que si había sido siempre un hombre importante y perspicaz estaba ya, amen de su escepticismo, viejo y cansado. Fue sustituido aunque sin ventaja, y de Berlín seguía sin llegar nada que tuviera orientación ni utilidad. El gobierno alemán ni siquiera recibía entonces a nuestro Embajador. Otro tanto sucedía en Roma, donde Ciano profesaba al Embajador español la más despreciativa enemistad. Como consecuencia de todo esto -muy pronto pude comprobar- nuestros medios de información eran pésimos. (Conservo de aquel tiempo un informe -no importa ahora decir de quien- en el que ya casi en Dunkerque las tropas alemanas se daba por segura el triunfo del ejercito francés o, por lo menos, una dura y larga resistencia.)

En esta deplorable situación diplomática, cada vez más populares con la espectacularidad de sus victorias -pero nosotros cada vez peor comunicados con ellos- se echaron los alemanes sobre el Pirineo y se apresuraban los italianos a entrar en la guerra lanzándose sobre el botín de Francia. Y allí abajo con impasibilidad geográfica seguían estando Gibraltar y Marruecos. Gibraltar que, aparte de su permanente significación para todo español, era también posición estratégica –he ahí el peligro- apetecida por el Eje en función de futuras campañas. ¿Y Marruecos? ¿Iba a ser ahora reivindicación alemana o italiana? -¿qué sabíamos nosotros de nada de esto en aquel tiempo?- ¿Iba a ser posesión inglesa? Y sin embargo (para la conservación o para la expansión) allí estaban también nuestros intereses.

Capitulada Francia y a instancia de algunos colaboradores míos envié un observador a Marruecos para que me informara de lo que allí podía ocurrir. Sin embargo yo no era partidario de una intervención. Confieso –lo saben mis colaboradores- que por aquellas fechas les manifesté con frecuencia que a España -casual intermediaria en la capitulación- correspondía entonces respecto a Francia apoyarla y tutelarla frente a los alemanes con el designio de obtener de ella misma -con su propio asentimiento- la satisfacción de 10 que yo creía que eran nuestros derechos en África y la reparación de una injusticia. (Así, siendo mas tarde Ministro de Asuntos Exteriores, lo traté y discutí con Laval en Paris.) No habíamos querido atacarla cuando estaba indefensa y vencida: Nuestra conducta podía dar como resultado una futura Francia comprensiva para con los derechos de España y amiga de España. Reconozco que estábamos en "el tiempo de las ilusiones" ...⁶

⁶ Seguramente pesaba también en mi la obsesión que nunca abandone de que en Europa surgiese un bloque latino, compensador o moderador de una aplastante victoria germánica. En otra anterior he explicado más ampliamente esta idea y el episodio a que arriba me refiero.

Ante aquella situación que tan gravemente podía afectarnos en el presente –palpitante para el futuro una ocasión histórica- considere que nuestra obligación era salir de un peligrosísimo aislamiento -en el que cualquier sorpresa se hacía posible- y tomar contactos serios con un vecino poderoso que en cualquier momento podía convertirse en ocupante. Había que enfrentarse con la nueva realidad como otros pueblos hicieron. Desconocíamos las verdaderas intenciones de Alemania. En cualquier momento podíamos encontrarnos implicados en una guerra en la que no habíamos entrado en la hora de mayores ventajas y menores riesgos. Urgía acercarse a Alemania para conocer esas intenciones, para darle seguridades de nuestra benévola neutralidad, para situarnos de manera que no pudiera perjudicarnos ninguna decisión unilateral suya que afectara a nuestros propios asuntos. Franco estuvo conforme con esta apreciación y fue decidido prejuzgada mi introducción en el área de los asuntos exteriores- mi viaje a Berlín como enviado especial acompañado de un séquito muy numeroso de técnicos y de jóvenes políticos. Mi misión fue de exploración y tanteo, de cambio de impresiones y planteamiento de temas. En virtud de las razones que el lector ya conoce aquel acto había de ser el comienzo de una clara corriente de amistad y comunicación entre los dos países.

Por otra parte yo llevaba a Berlín el propósito y ¿por qué no decirlo? La decisión de salvar para España, a la vez, la paz y sus derechos y aspiraciones en el porvenir⁷.

⁷ *Mi primera comunicación efectiva con los temas de política exterior se había producido -si se quiere- Roma con carácter oficioso. Con el viaje de Ciano a España esta intervención oficiosa había continuado, pero limitada solamente a Italia que si siempre sería el centro preferente de mis simpatías no sería ya –empezada la guerra- el centro del interés exterior, desplazado ahora a Berlín. Hasta mi primer viaje a Berlín mi participación en la política exterior fue limitadísima, pero era forzoso que algo llegara hasta mí. En parte porque los Embajadores me suponían mas "decisivo" en el juego total de nuestra política de lo que era en realidad. En parte también por los intereses encontrados en relación con los asuntos de prensa que entonces dependían de mí. La prensa la perdí al pasar a Asuntos Exteriores, al parecer sin que el profesor Hayes se enterase. Quienes la manejaban me creaban serios conflictos con inoportunos ataques a las potencias en los momentos más delicados de mis gestiones para obtener los "navicertis". Entonces planteé la cuestión de confianza: o se me daba la prensa exterior o no podía continuar en el Ministerio y fue esta la principal razón que determinó mi salida del Gobierno. Reconozco que en este mismo pecado había incurrido yo antes, cuando tenía el control de la prensa en el Ministerio de la Gobernación y a otro correspondía la responsabilidad y la gestión de la política exterior. No sin emoción releo ahora este capítulo que sigo considerándolo testimonialmente de gran valor; especialmente para aquellos asomados al mundo después de la guerra, que solo comprenden esta a la luz de su desenlace. Aquí he de congratularme especialmente con la idea que se ha tenido de reeditar este libro.*